

J. K. FRANKO

OJO
POR OJO

LA LEY DEL TALIÓN 1

booket

J. K. Franko
Ojo por ojo
La Ley del Tali3n, 1

Traducci3n de Mar3a M. Perote



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Eye for Eye*

© J. K. Franko, 2021

Traducción de María M. Perote

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o escenarios es mera coincidencia

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Tony Marturano

Primera edición en Colección Booket: abril de 2023

Depósito legal: B. 5.197-2023

ISBN: 978-84-08-27082-9

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

I

4 de enero de 2018

La verdad sobre Joan permaneció dormida durante décadas, hasta que una serie de sucesos inesperados sacó de nuevo todo a la luz. Estos sucesos comenzaron en 2018, en Colorado. Y empezaron con otra chica de once años llamada Arya Stark. Ella fue el catalizador que permitió cerrar el círculo.

El invierno había llegado a Beaver Creek Village. La nieve cubría las montañas y el valle, y todavía caía del cielo nocturno. Cálidos rayos de luz incandescente se filtraban hasta el suelo a través de las ventanas de las casas cercanas, creando grandes triángulos ámbar en el lienzo blanco sin estrenar.

El sonido de música y risas se elevaba en un suave susurro desde el pueblo a uno de los balcones del apartamento. En el interior se encontraban Susie Font y su marido, Roy Cruise, acurrucados en el cómodo sofá frente al televisor. Unos amigos les habían dejado la casa para un fin de semana largo. Una botella de vino medio

acabada estaba sobre la mesa de café entre ellos, junto a otra vacía de la misma añada. Incluso podría haber una tercera en la basura.

La pareja se había dado un atracón con la colección de DVD de la serie épica *Juego de tronos*. Ambos estaban cautivados con el final de la sexta temporada. En ese episodio, uno de los personajes principales, Arya Stark, se venga de Walder Frey por el asesinato de su familia. Se trata de una escena espantosa pero satisfactoria que supone la culminación de muchos episodios.

Mientras se mostraban los créditos, Roy dijo:

—¡Vaya! ¡Ha estado genial!

—Sí, ¿verdad? —asintió Susie, sirviéndose más vino.

—No he sospechado en absoluto de la criada.

—Sí. Pensé que estaba allí porque iba a convertirse en la próxima esposa de Frey, o algo así.

—Yo también —asintió Roy.

—Frey se lo merecía.

—Si alguien lo merecía, sin duda, era él. Era de los primeros de la lista.

—Ahora que Joffrey está muerto, el primero —dijo Susie.

—Cierto. Odiaba a ese cabroncete.

Roy bebió otro sorbo de vino mientras miraba distraído los créditos en el televisor.

—¿Qué tal uno rapidito antes de ir a la cama? —Susie le guiñó un ojo a su marido, mordiéndose el labio provocadoramente, antes de señalar el balcón con la cabeza.

Roy respiró hondo, sonrió y luego se levantó.

—De acuerdo. Pero es el último de esta noche. La altitud me está matando. Casi no puedo respirar. Eso

y estas palpitaciones... —Se golpeó el pecho rápidamente, imitando los latidos de su corazón.

Salieron al balcón, llevando el vino con ellos. Susie se sacó la camisa de los pantalones, extrajo un pequeño paquete de Marlboro Light y se lo pasó a Roy.

Después de encenderlos, se apoyaron en la barandilla y fumaron en silencio durante unos minutos. Los sonidos de la noche flotaron hacia ellos, la música y las risas del pueblo.

Roy observó cómo el parpadeo azul de los televisores iluminaba las ventanas de las casas cercanas, exhaló un anillo de humo y dijo:

—Esta serie te lava el cerebro. Te hace odiar de verdad a los personajes, y el ambiente medieval convierte todos esos asesinatos en normales. Como si estuviese bien ir por ahí cortando cabezas. —Hizo un movimiento con las manos, imitando un corte—. Y luego, van y te dan todos esos personajes a los que hay que matar. —Dijo esto último con acento texano, lo cual hizo reír a Susie.

—Derecho penal...

Roy sonrió ante los recuerdos compartidos y le dio a su mujer un beso en la frente. Su pelo olía a coco.

Roy y Susie se habían conocido en la facultad de Derecho. A pesar de que ella era un poco mayor, él iba a un curso superior. Tenían algunas clases en común, y una de ellas era Derecho penal. El catedrático, un apuesto abogado defensor cuando no ejercía de profesor, relató a la clase la historia de un juicio en el lejano oeste, para dejar clara la premisa de «El castigo, proporcional al crimen».

Llevaron a dos prisioneros ante un juez itinerante de Texas. Todo el pueblo acudió al juicio. El primer hombre se presentó ante el juez. Estaba acusado de asesina-

to, de matar a un hombre. Después de ver todas las pruebas, el juez declaró al hombre culpable de asesinato y lo sentenció a treinta días de prisión.

El segundo prisionero se presentó ante el juez. Este hombre estaba acusado de robar un caballo. Después de ver las pruebas y escuchar los argumentos de los abogados, el juez declaró al hombre culpable de robo y lo sentenció a morir ahorcado. El ladrón de caballos, no hace falta decirlo, se mostró insatisfecho con su decisión.

—¡Hijo de perra! ¿Cómo puedes ahorcarme por robar un caballo, y condenar a este asesino de mierda a solo treinta días? —gritó el ladrón de caballos, mientras los ayudantes del juez se lo llevaban.

El juez respondió:

—Puedo admitir que siempre hay algunos hombres a quienes es necesario matar. ¡Pero no sé de ningún caballo al que sea necesario robar!

En el balcón, Roy se sentó en el pequeño sofá y se cubrió las piernas con una manta.

Cabría pensar que el sofá estaba allí para que los ocupantes del apartamento disfrutasen de la vista, pero la realidad era que los dueños lo habían puesto para que los fumadores se sentaran. Al marido le gustaban los puros.

Susie se unió a Roy debajo de la manta, mientras él continuaba:

—Era necesario matar a Frey. Por justicia. Pero también hay un componente de venganza. Muchas de las muertes de la serie tienen ese elemento. Mira cómo murió Joffrey. Podían haberlo matado rápidamente, sin más, pero en vez de eso lo obligaron a sufrir con veneno. —Dejó su cigarrillo en un cenicero cercano—. Lo

mismo sucede con Frey. ¡Le hacen comerse a sus hijos antes de asesinarlo, por el amor de Dios!

Roy tendía a volverse filosófico con la bebida, y Susie presintió que se avecinaba una conversación profunda. Trató de aligerar las cosas.

—Es solo por el efecto dramático.

—No —dijo Roy—. Creo que es más que eso. Es bíblico, al estilo del Antiguo Testamento, ¿sabes? No es suficiente con que los malvados mueran. Es la ira del enojado Dios de Abraham. Estas personas tienen que sufrir antes de morir, por si no hay vida después de la vida, ni fuego infernal, ni condenación eterna. Morir no es suficiente. Tienen que morir sufriendo. Sus muertes han de ser peores o, al menos, tan malas como la razón por la que mueren, por la que son castigados. —Roy miró a Susie—. Tienen que sufrir por sus pecados.

Susie apartó la vista de su marido y miró hacia la oscuridad antes de dar una calada a su cigarrillo y exhalar el humo lentamente.

Roy vació su copa y la volvió a llenar, haciendo lo mismo con la de su mujer.

—Estoy empezando a sospechar que tiene sentido, ¿sabes? Ojo por ojo.

Susie observó a su marido unos segundos y después forzó una sonrisa.

—Estás borracho, tonto —dijo. Y se acurrucó contra él, antes de añadir, unos momentos después, seria y pensativa—: Mejor, déjalo.

—No —dijo él—. Lo digo en serio. Creo que está dentro de todos nosotros. Es la naturaleza humana. Después de todo, no estamos tan lejos de la barbarie, incluso hoy en día. Plantéatelo, ¿qué es lo que nos mantiene bajo control? Un sistema legal que protege el interés

de cada uno. La pena de muerte es el capitalismo en su estado puro.

—Chorradas —dijo Susie, al tiempo que exhalaba el humo y se sentaba para aplastar su cigarrillo.

—No, escucha —dijo Roy echándose hacia delante y agarrando el brazo de su mujer—. De lo que trata el capitalismo es de crear un entorno en el que cada hombre...

—Persona —interrumpió Susie, estirándose y sofocando un bostezo.

—Sí, claro, ya sabes lo que quiero decir, Suze... Cada persona pueda perseguir su propio interés sin interferencias, siempre y cuando no vulnere los derechos de los demás. Por eso hemos hecho una lista de las peores violaciones de los derechos de otras personas, los peores crímenes. Y por cometer esos crímenes, imponemos el peor castigo: la muerte. Tenemos la pena de muerte porque creemos que hay algunos delitos tan graves que si cometes uno de ellos, no eres humano. Eres un animal. No; peor. Incluso los animales merecen vivir. Si cometes ciertos delitos, eres menos que un animal. No mereces vivir. No hay sitio para ti en la civilización.

—Cariño. Venga. Es tarde. Estoy cansada, y aquí hace un frío helador. Vamos a la cama —dijo Susie, intentando distraer a su marido de sus pensamientos, mientras se levantaba del sofá y se dirigía a la puerta.

Roy dio otra calada profunda a su cigarrillo y exhaló lentamente. Pensando. Y justo cuando su mujer entraba en el apartamento, la llamó, en voz un poco más alta:

—Suze... Si se tratase de mí, ¿tú lo harías?

Susie se paró y frunció el ceño. Sabía de qué iba esto. No de un programa de televisión de mierda o de

una perorata filosófica. Se trataba de su pasado. De algo de lo que no habían hablado en años. Lo miró fijamente. Quería ver sus ojos, pero él se había dado la vuelta y estaba ahora mirando la oscuridad, como buscando en ella su propia versión de la justicia. Para que la mirara, le preguntó:

—¿Hacer qué?

Roy vaciló antes de responder. La música y las risas distantes llenaron el vacío.

—Walder Frey. Si me asesinara... ¿Querías que muriese? ¿Querías tan solo que muriese? ¿O querías hacerlo sufrir?

—Roy...

Él se volvió hacia ella, las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Solo contesta a la pregunta, Suze.

Susie miró a su marido, mientras un nudo se formaba en su garganta.

—Cariño, ella se ha ido. Camilla se ha ido. No fue culpa tuya. No habríamos podido hacer nada. Tenemos que dejarla ir —dijo con suavidad.

Roy se apartó de ella mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla. Estaba sufriendo. Susie odiaba verlo así.

La brisa cambió de dirección, arrastrando la música y las risas, y removiendo nieve del tejado, lo cual hizo que cayera sobre ellos en forma de cascada polvorienta.

La pequeña ráfaga de nieve rompió el momento, y Susie se acercó a su marido, limpiándose sus propias lágrimas con el dorso de la mano. Se inclinó para besarle en la cabeza, y luego se sentó en el borde del sofá junto a él. Mirándolo a los ojos, le quitó el cigarrillo con

una mano, mientras le cogía la suya con la otra. Dio una larga y profunda calada, y echó el humo a la oscuridad.

—Pero —susurró— si ese hijo de puta hubiera sobrevivido, lo habría matado, destripado y horneado con él un pastel, y se lo habría dado de comer a su madre.